

to, y hollar la escalera de salida que hay entre plaza y vestíbulo, un pistoletazo lo derriba muerto al lado de su hijo, quien se precipita, sobre aquel cuerpo aún caliente y palpitante, dando gritos capaces de conmover las losas en que ha caído, y sin embargo faltos de expresión y de fuerza bastante para conmover las entrañas feroces de aquellos criminales verdugos. Y no les bastó con el asesinato á los asesinos; hociquean en la víctima como si no fuesen hombres, como si fuesen hienas. Y cogen el cadáver de Mandat, antes que la rigidez producida por el frío eterno lo cubra, como si quisieran repartírselo, hasta que, al fin, desoyendo las voces del muchacho, que debía despertar en aquellos infames, los instintos propios de la naturaleza orgánica y los afectos propios de la especie humana, lo arrojan al Sena, que parece, asombrado por tanto crimen, un río del infierno, cuyos abismos se tragan los restos del desdichado, aunque no su memoria, para siempre.

El asesinato de Mandat desconcertó la defensa del Palacio. Para mayor desgracia le sucedió un general sin ascendiente ninguno sobre la Milicia Nacional y muy excéptico en materia de ideas y muy perplejo en materia de resoluciones. Mientras cambiaba Palacio su tiro en el vado, la Comunidad revolucionaria seguía desde los senos del misterio dando golpes seguros, que caían como golpes mortales sobre la inútil resistencia. El muerto quedó reemplazado por un vivo. Este vivo fué Santerre, de gigantesca estatura, de voz estentórea, de mucho cuerpo, mas de pocas agallas; idóneo para debates de club, incapaz para luchas de calles. Debía conocer él mismo esta incapacidad; pues renunció al mando de los suyos después de haber lanzado los suyos por tantos y tantos medios al combate. Mas quien comienza una conjuración, cae siervo de la conjuración comenzada, y no puede preservarse, ni á sus dientes, ni á sus ruedas, como pasa todo entero el cuerpo cogido por una máquina en movimiento. Westermann, viendo sus repulgos de empanada, le asestó al pecho una pistola, y Santerre, mal de su grado, tuvo que apechugar con la peligrosa jefatura de los compañeros en armas. Westermann, aventurero alsaciano, se llamaba jefe de las fuerzas revolucionarias armadas; Santerre se llamaba jefe sólo de las fuerzas armadas populares. Este Westermann alcanzó fama de militar, mas no de honrado. Rosignol, que tanto debía su nombre afamar en la Vendée, no cuenta compañero suyo en el diez de Agosto, pues le atribuyen muchos historiadores la muerte de Mandat, que habiéndole dado en cara cierta persona con un robo de cubiertos, cometido por los tiempos de su primera juventud, no se defendió de tan infame tacha. Mandara quien mandara y como mandara, el terror poseía resortes de naturaleza tal, que todos los conjurados se movían como figuras mecánicas. Lo cierto es que Mandat aumentaba las tropas defensoras en las Tullerías, y este aumento se detuvo así que Mandat muriera; ponía una fuerza considerable y numerosa en los Arcos de San Juan, para que acabase á tiros esta fuerza con los revolucionarios del Barrio de San Antonio y tales arcos quedaron del todo abiertos así que Mandat muriera; enfilaba piezas de artillería desde la boca del Puente Nuevo en

evitación de que lo pasaran la gente de la izquierda del río para conjuntarse con los sublevados de la derecha, y estas piezas de artillería desaparecieron así que Mandat muriera; perdiéndose para Palacio puntos estratégicos de primer orden, cuya defensa detuviera mucho tiempo la revolución, después del asesinato de Mandat suelta y enseñoreada del sitio y sitios que precedían por la parte meridional y occidental el amenazado Palacio de los reyes náufragos. Terrible aquel poder, casi anónimo, porque ninguno de sus miembros, exceptuando Manuel y Danton, era conocido; pero pronto en las decisiones y fuerte de naturaleza, como si lo hubiera producido el tiempo, como si tuviera en sus manos el martillo con que destroza el hado á sus víctimas. Así descompone al estado mayor general de la Milicia ciudadana; disuelve la Comunidad legal en ejercicio; arrastra al pobre Mandat á su barra y luego lo inmola sin método ninguno de procedimiento y sin forma legal de juicio; autoriza cada sección para nombrar sus respectivos comandantes de las fuerzas armadas y nombra jefe de todos los comandantes á Santerre; custodia contra las asechanzas palaciegas con una guardia de seiscientos hombres al buen Pétion; expide sus embajadores á todos los distritos del departamento; destaca guardias hacia todos los edificios públicos; captura cuantos cree sospechosos y toma como rehenes cuantos pueden la causa del pueblo combatir; coloca cuerpos de guardia donde los juzga necesarios, como en sitiada fortaleza; organiza patrullas que le respondan del cumplimiento de sus órdenes; designa comisarios que deben presentarse al poder legislativo en requerimiento de auxilio; cita los ministros á comparencias como si hubiera cogido el cetro de sus reyes en los arroyos de la calle; apaga con sus bomberos los incendios materiales que alrededor del Real Palacio han sus turbas avivado; recibe dones patrióticos en su tesoro como si fueran las arcas cuyas el vientre de la patria; convoca electores y junta comicios cayendo á su arbitrio el poder ejecutivo, el poder legislativo, el poder judicial; y para destrozar el despotismo secular funda un despotismo improvisado, con aire de sociedad secreta, con reflejos de Inquisición eclesiástica, con fórmulas sobrenaturales de una magia incomprensible, acaparando sin saberse cómo ni por qué la dictadura quizás más colosal y más cruenta y más deforme que han visto los tiempos y que han sufrido los hombres. La Comunidad revolucionaria en esta noche siniestra, no solamente destruye la Monarquía tradicional; destruye también el triste y desorientado Parlamento.

Veamos cómo estaban distribuidas las fuerzas en esta batalla, que muchos creían pasajera nube como el veinte de Junio, y resultó el diez de Agosto; es decir, la suprema y definitiva catástrofe del poder real. La guardia suiza, lo más mollar del ejército devoto á la monarquía, componiendo muy cerca de mil hombres, ocupaba todo el palacio por dentro, angustiadísimos estos hombres al tener que atacar á sus hermanos de París; pero muy resueltos al cumplimiento de tan penoso deber; diez y seis batallones, más ó menos merma- dos, sumando un total de tres mil hombres poco más ó menos, estaban distribuidos en diver-

sos sitios dentro y fuera del Palacio; la gendarmería montada, compuesta de novecientos jinetes, extendía sus números, repartidos en pequeños grupos, desde la puerta de los jardines que concluían en la plaza de Luis XV hasta la columnata del Louvre, que da frente á la iglesia de San Germán; doce cañones, enfilados perfectamente, abrían sus bocas de fuego contra la ciudad; el batallón de San Roque, situado estaba en las célebres alamedas del patio, donde Camilo Desmoulins inventó la escarapela en el día de la Bastilla; varios batallones se reunían en la plaza Vendome, y rondas numerosas de realistas fanáticos iban y venían celando el Palacio para que ningún enemigo se acercase. Toda esta suma de fuerza tenía distribución admirable; pero necesitaba que los milicianos puestos en el Arco de San Juan, cerrasen su paso á las muchedumbres del barrio de San Antonio; y los milicianos puestos en el Puente Nuevo cerraran su paso á los marseleses y á las muchedumbres del barrio de San Marcelo, que se partían del Mercado de bestias; y ni uno ni otro paso pudieron cerrarse, porque la comunidad revolucionaria, implacable como el destino, dictó sus órdenes como si las escribiera desde un trono despótico y las cumplieran sus comisarios como si cumplieran decretos incontrastables del Hado. Desde el barrio de San Antonio iban unos quince mil hombres contra las Tullerías; desde el barrio de San Marcelo iban unos cinco mil. Y como, al moverse, ya era de día, los vecinos desvelados por las campanas, los curiosos y los madrugadores, los que asisten á todos los espectáculos, buenos y malos, feos y hermosos, aumentaban el número de acometedores con tal cantidad, que parecía caer medio París sobre el otro medio. Pasaron los de la orilla derecha sin obstáculo adelante, allende los arcos de San Juan; pasaron los de la orilla izquierda sin obstáculo adelante, allende el Puente Nuevo; y debieron encontrar un alto, detenerse ante una resistencia, en la columnata del Louvre. Pero los gendarmes, allí apostados para cumplir este ministerio, se amotinaron; y hubo necesidad de recluirlos y encerrarlos, para que no se uniesen á los sublevados y no aumentasen la insurrección formidable, intensísima, tanto en fuerza como en número. Así el pueblo llegó sin obstáculo á las Tullerías, y las Tullerías se vieron envueltas en aquella tromba mucho antes de lo que habían sus defensores pensado, por lo cual no estaban apercebidos á la defensa, dispuesta por Mandat, muerto antes de ponerla por obra, y por lo tanto, llevándose consigo á la eternidad un plan, de todo en todo frustrado. Por consiguiente, no sólo pasaron los amotinados aqueñde los arcos de San Juan y aqueñde el Puente Nuevo, rebasaron de las Tullerías mismas y subieron en tanto número por las terrazas, por los arcos, por las columnatas, por toda la parte vecina de los fuldenses, y por tanto de la Cámara, que parecía ya rendido el asediado edificio y puesto por la rota indeclinable á merced por completo del pueblo. Sin embargo, cuantos han estudiado con verdadera competencia militar aquella jornada, entre los cuales debe señalarse á Napoleón el Grande, dicen todos á una que con poco esfuerzo, si á tal esfuerzo precediera una dirección inteligente y una regu-

lar preferencia, la insurrección cayera en cien fragmentos rota, quedando vencedor el monarca en toda la línea. Pero existían entonces supersticiones extraordinarias, supersticiones que yo he tocado en mi tiempo, supersticiones extrañísimas, por cuya virtud creían las fuerzas populares armadas, que nunca debían unas á otras atacarse, cuando no importaban, en realidad, ni servían para ningún otro ministerio, dado el crasísimo error de que pertenece á la corona en un régimen parlamentario y constitucional el ejército, y la milicia por su parte al pueblo, estando la corona, tan opuesta de suyo á la Constitución como estaba entonces, y el pueblo tan dividido en cien fracciones enemigas.

Pero veamos el desarrollo de tal drama. Para verlo, hay que volver los ojos de nuevo al relato de Lucila Desmoulins, relato escrito en la cartera de tan inteligente y preciosa joven, siendo, por su ingenua sencillez, un verdadero manantial de noticias y observaciones históricas. Después de habernos contado la cándida escritora cómo las patrullas varias de uno y otro bando habíanla de veras asustado, al bajar hasta la calle con sus amigas para gozar el fresco natural; irrespirables las respectivas atmósferas de los cuartos altos; y como su panadero, del bajo, les cerraba el ingreso por la trastienda, en el patio, sospechando que Lucila y la tertulia dantoniana llevaran algún desagrado á su comercio; y como una vecina le pidiera cuentas, entre los tañidos del rebato y los estruendos del cañón, de las proclamas incendiarias escritas por su marido, atribuyéndoles todos los males de aquella terrible noche; y como dijera madame Robert, esposa de un comensal de Danton, partido con éste al palacio del Municipio, que si, por culpa del tremendo revolucionario, moría Robert, su esposo, en la contienda, sacaría al jefe, autor de su desgracia, los hígados, cual Judith á Holofernes; y como todas lloraban, creídas de que aparecía el diez de Agosto como si fuera el Juicio Final por la mañana; refiérenos la entrada de Camilo á las ocho, anunciando la victoria del pueblo y diciendo que había visto con sus propios ojos sobre una pica la cabeza del periodista monárquico Suleau, camarada de colegio suyo en la primera juventud, y amigo de toda la vida, no obstante lo contradictorio de sus sendas ideas políticas y lo contrario de sus caracteres y sus intentos, ya históricos. Con efecto, nada podía indicar tanto el triunfo de la plebe sobre la corte como que, al comienzo de aquella mañana, verdaderamente horrible, un escritor exaltado por su dogma y su partido, del todo reaccionarios, que vigilaba con los realistas los alrededores de Palacio, cayera preso en poder de las turbas feroces, y preso, fuera descuartizado, repartiéndose los vencedores, á guisa de canibales, sus palpitantes despojos. Suleau se había puesto su vistoso uniforme de miliciano nacional monárquico, que llevaba con gallardía, latiendo bajo su peto un ardentísimo entusiasmo, propio de tan arrestado joven, quien, á lo sumo, contaba unos veintinueve años, y tenía un corazón el cual reventaba en su amplísimo pecho. Mas no se paró en barras, á esta ceguera del entusiasmo, diciendo cuanto le sugerían sus pasiones contra sus enemigos, y acribillándolos á mordaces sátiras, fun-

dadas en atroces calumnias, que diariamente salían al público en hojas ardentísimas de un verdadero escándalo. Entre los seres más perseguidos por aquellas venenosas viboras de sus frases, encontrábase un sér bien extraño y singular; la infeliz Mirccourt, amazona de las vencidas por Aquiles mismo en los combates prehistóricos; dotada con un corazón de hombre, palpitando bajo sus contorneados pechos de mujer; parecida en sus gestos y ademanes á un bello mozo barbilampiño cualquiera ó una contralto de las que hacen papeles masculinos en las óperas italianas; con voz de revolucionario y rostro de ángel; implacable y cruel al modo de cuantas mujeres desdicen de su sexo y pierden así la compasión y la caridad, distintivos principales del alma femenina, la cual servirá siempre, por sus naturales condiciones, para hermana de la caridad, para el auxilio, para el socorro, para el consuelo; y no para general, para el odio, para el combate, para el exterminio, volando á su guisa en todas las escenas dulces y tiernas del mundo, mientras en las guerreras y sangrientas apareciendo como filomena de los rosales entre milanos y águilas de los picachos. Con su sombrero tirolés rematado por plumas de pájaro prendidas con el distintivo revolucionario de la escarapela; caída la sedosa y larga cabellera sobre sus espaldas, cual acostumbran en las Universidades europeas muchos estudiantes á dejársela en guisa de mujeres; las botas de suela triple al pie y los botones de cuero bordado hasta las rodillas; su catuchera como cinturón y su sable pendiente al costado; un tonelete rojo á la cintura y una chaqueta y un chaleco al cuerpo, dirigía la demente una cruel y numerosa turba de facinerosos, pareciendo el terrible grupo á una facciosa compañía en armas dirigida por una hermosa y grande actriz en escena. La casualidad con sus oleajes la dirige al sitio donde se hallaba el escritor que la insultara mil veces, poniendo en conocimiento del público, no aquellos actos y aquellos discursos, sobre los cuales tiene su jurisdicción propia el público juicio, actos de su vida privada y particular, amores sin transcendencia de ningún género á la política militante y al gobierno, secretos de alcoba, infamias, muchas veces por el combate y por la guerra excusadas, pero en el juicio de la posteridad y ante los tribunales del Tiempo y de la Historia sin recurso de ningún género, por ser del todo imperdonables. Así, como con el roce de la revolución había perdido su propio sexo, en cuanto una vendedora del periódico de Suleau le dice que se halla preso en la sección de los fuldenses el autor de tantas calumnias, echa sobre su persona, después de haber querido atravesarlo ella misma con el propio sable, la jauría hidrófoba de sus revolucionarios, que lo despedazan en un momento y ponen la cabeza, del tronco cercenada, sobre la punta de alta pica. Aristofanesco Suleau, á la manera de Camilo, aunque sin su ateniense ingenio; libelista por su mala naturaleza, puesta en horrible tensión ya, con agudas exacerbaciones, por el ejemplo de los maldicientes y de las maldiciones al uso; adobador de polémicos artículos, no con sales y pimientas, más ó menos fuertes, con ponzoñas y venenos, siempre asesinos; riéndose á todo reír, con las carcajadas del borracho,

entre los cadáveres de las víctimas apuñaladas por sus frases; dado á convertir las mayores tragedias en sainetes y á burlarse hasta de sus propios daños y peligros; respondiendo á los cañones de la revolución francesa con cascabeles, y á los discursos de la tribuna revolucionarla con bufonadas; siempre de bromas y de fiestas y de gracias y de caricaturas, las cuales se volvían en cien ocasiones contra sus propios defendidos, como quien cae dentro de las trampas que á los demás tendiera; procaz, sin deliberación y sin conciencia, pues le maravilla el estrago hecho por sus procacidades; dotado de un estilo que parece, no espadín de la nobleza, puñalete de los condotieros y de los bravos, el cual puede matar á los enemigos de quien lo esgrime, pero deshonorándolo, como arma ponzoñosa y prohibida; aquel hombre vomitó tal número de cóleras contra todos, que debía el primer ciclón verdadero de las revoluciones aquellas cogerlo y despedazarlo, sin que pudiese aguardar una justificación á su proceder, pues, reprobados los asesinos y los asesinatos, siempre reprobables, aunque lo compadezca, y mucho, el historiador, no puede ocultar cuánto contribuyó con las calumnias sistemáticas á su propia perdición y á su eterna deshonra.

Si únicamente hubiera parodiado los hechos, vaya en gracia. Pero no hay modo de perdonarle que calumniara con tan terribles calumnias las personas, y creyera menos criminal á un asesino que á un calumniador, cuando el asesino tira con su arma cruel á matar la vida del cuerpo, mientras el calumniador con su lengua y con su pluma á la honra, que es vida del alma. Y no particular ó exclusiva de Suleau tal clase de atentados; cometieronlos también los revolucionarios, primeramente contra todos sus enemigos, los adoradores del viejo absolutismo; después, en el ardor de la revolución general, cambiando asesinas frases unos contra otros. Camilo Desmoulins aparece reo de las mismas culpas que su camarada y víctima de las mismas sentencias. Uno de sus más terribles libelos fué sin duda el escrito contra Brissot y los brissotistas, ó sea, contra la Gironda y los girondinos. Impulsado Camilo por Danton y Robespierre, muy especialmente por este último, á escribir sus famosos libelos, vació con una forma inmortal el saco de calumnias repleto en las fábulas y mentiras divulgadas contra los amigos por los enemigos de la libertad. Y aquellas calumnias, robustecidas con tan punible ligereza por el gran escritor, crecieron, crecieron, crecieron en mares de hieles y con sus vapores cristalizaron procesos y más procesos contra ellos, los cuales procesos concluyeron arrastrando los girondinos al cadalso y segándoles las cabezas, eminencias espirituales como cordilleras altísimas, donde relucieron los albores del nuevo mundo social en que ahora vivimos, y se agarraran las ideas progresivas, por las cuales somos ciudadanos y libres. Cuando los fiscales daban en rostro á sus acusados con las palabras del irreflexivo muchacho; cuando aflaban en sus frases felices y en sus gracias juveniles el cuchillo de la guillotina; Desmoulins, desesperado y arrepentido, huyendo de sí mismo; con la conciencia llena de remordimientos y el corazón hen-